

En el marco del IV Festival de cine español celebrado en Caracas hemos tenido la suerte de ver la obra cinematográfica de Carlos Saura, «Goya en Burdeos». Estamos en presencia de algo más que un film, es una contemplación de la vida y obras de Francisco de Goya llevados de la mano por el mismo Goya.

Desde el comienzo de la cinta se nota la calidad con que está hecha: actuación, diálogos, fotografía, banda sonora, etc. se conjugan de tal manera que uno disfruta profundamente viendo la película. Clave hermenéutica del film son los demonios del viejo Goya

El Personaje principal

Francisco de Goya y Lucientes (1746-1828), es el paradigma del pintor difícil de definir. Prueba de ello es la «galería» de obras que nos muestra el film y que van del fresco al óleo, del grabado a la litografía; sus miniaturas y los grandes formatos dejan entrever la influencia del maestro Luzán, del género flamenco, del neoclásico de Mengs y de Velásquez (sus tres fuentes de inspiración son, según Goya, Rembrandt, Velásquez y la naturaleza).

A partir de los diálogos con su hija Rosarito, descubrimos a un luchador perenne por crear una obra de profundo sello personal. Pero hay más: Goya es un «intelectual» que expresa a través de la imagen artística, sus ideas y sueños compartidos con sus amigos. Vive con convencimiento la propuesta ilustrada dominante («la fantasía sin la razón no es arte», le dirá a su hija). Francisco de Goya es un pintor curioso por todas las cosas, deseoso de aprender siempre más.

Goya alcanza su madurez artística en torno a los cincuenta años (en dos oportunidades Rosarito escucha el relato de la mortal enfermedad que lo dejó sordo a los cuarenta y cinco años, según el film). Muchos hablan de Francisco de Goya como el intérprete privilegiado de una sociedad que sucumbió en sus propias contradicciones. Más allá del juicio, lo cierto es que el aragonés vivió en una época crítica: conoció la ilusión ilustrada de Carlos III, se decepcionó por la política antirrevolucionaria de Carlos IV

—pasando por la invasión napoleónica y una larga y cruenta guerra— y acabó conociendo la traición de Fernando VII.

Al final de su vida, Goya conocerá la represión de las ideas liberales que tanto defendió (la película nos sugiere posibles sospechas de la Inquisición española dada la temática de sus obras). Enfermizo, viejo y amargado huirá a Francia, en Burdeos, donde nos lo presenta la película. Es la última etapa en la vida de Goya.

El «Joven» Goya

Numerosos críticos nos ofrecen la imagen de un Goya «revolucionario», conocedor y crítico de las penurias de su pueblo, que utiliza el arte para poner al descubierto las atrocidades que vive su gente. Francisco de Goya, sin embargo, no es un «pintor revolucionario»...pero lo será!

Dos grandes intereses distinguen al «Primer» Goya: complacer al público de la Corte española, hasta hacerse con una fama y mucho dinero —y enemigos, celos e intrigas—, y ganarse los favores de Cayetana, duquesa de Alba.

Goya es un hombre tradicional y conformista. Despreocupado por la creación de un estilo propio. Es a partir de esta situación, en donde Goya pudo haberse considerado como un artista consumado, que su vida toma nuevos derroteros. La escena es impactante: después de haber contemplado las magníficas representaciones de «La maja vestida» y «La maja desnuda», y tras haber ocultado la verdadera identidad de la modelo por miedo, se ve transportado en un corredor de las «pinturas que nunca debió haber hecho» por lo indigno de sus representados. Y decide romper con este mundo.

Goya, «el anciano»

Si el cine tiene la magia de recrear historias, nos parece válido recrear la razón que llevó a Goya a separarse del mundo cortesano y del estilo artístico relacionado con éste. De la evolución lenta, insegura e incluso dolorosa —a partir de este momento, los demonios lo atormentarán permanentemente—, emerge una personalidad victoriosa precisamente por la «pasta» con que

está hecho Goya: él pinta con un profundo amor por la verdad. Verdad que ni el dinero, ni los honores ni la propia Corte lograrán encarcelar. Verdad, fruto de la Ilustración, que sacará a España de la ignorancia.

Al gran tormento del pintor (Catalina, el amor de su vida), se sumarán los demonios que representan una sociedad que se cae a pedazos a causa de la ignorancia, de la corrupción y de la guerra. Quienes hemos tenido la suerte de contemplar los cuadros de Goya, sabemos que éstos tienen la propiedad de dejar algo impreso en nuestras almas; cuántos más si vemos como esas obras cobran vida en la pantalla (salvo el relato de «El milagro de San Antonio de Padua», todas las obras que «se mueven» en el film se refieren a esta segunda etapa de la vida del pintor).

El «Segundo» Goya, pues, sorprende por lo polémico e impactante de sus trabajos. Francisco de Goya romperá con toda norma establecida a nivel artístico, y se presentará como un pintor «del» y «para» el pueblo, su pueblo.

Aún aprendo

Goya transcurre el final de sus días exiliado en Burdeos. La película nos pone en contacto con la dimensión dramática y tortuosa de su existencia (por espacio de una hora y algo más, compartimos con él sus demonios y delirios, su sordera y sus «secreto, secreto»). Lo que realmente nos impacta, sin embargo, es el talante humano de quien en ella se está hablando.

La última obra de su vida, Goya la tituló «Aún aprendo» (representa a un anciano barbudo, que va caminando ayudado por dos bastones). Hemos aprendido de este film que es necesario implantar de una vez por todas, y como base del futuro del arte y de nuestra sociedad, el principio esencial de la verdad, la propia y la «del» y «para» el pueblo, que se escribe con mayúscula.

«La vida es como un espiral». Así empieza y termina la película.